

EZEQUIEL URICOECHEA

*Memoria sobre
las antigüedades
neogranadinas*

Instituto Colombiano de Antropología e Historia
Bogotá, 2021

Uricoechea, Ezequiel, 1834-1880

Memoria sobre las antigüedades neogranadinas. / Ezequiel Uricoechea; Juan Manuel Espinosa, prologuista; Alberto Gómez Gutiérrez, prologuista. Quinta edición - Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH, 2021.

144 páginas; Ilustraciones, tablas; 22.5 X 22.5 cm - (Colección: Clásicos de la antropología y la arqueología en Colombia)

ISBN: 978-958-8852-97-3

1. Arte Indígena / 2. Chibchas (Familia Indígena) / 3. Etnología - Colombia / 4. Restos Arqueológicos / 5. Colombia - Historia - Colonia, 1550 - 1810 / I. Espinosa, Juan Manuel, prologuista. / II. Gómez Gutiérrez, Alberto, prologuista. / III. Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH.

986.0003 SCDD 20 Catalogación en la fuente; Biblioteca Especializada ICANH.

Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Calle 12 n.º 2-41 Bogotá D. C.

Tel.: (57-1) 4440544, ext. 111

www.icanh.gov.co

Nicolás Loaiza Díaz

Director general

Francy Morales Acosta

Subdirectora científica

Mábel Paola López Jerez

Coordinadora de Divulgación y Publicaciones

Ivón Alzate Riveros

Coordinación editorial

Adriana Serrano

Corrección de textos

Colección Clásicos de la Antropología y la Arqueología en Colombia

SeaCat Studio · Diana Murcia

Diseño de colección

Nathalia Rodríguez

Diagramación y cubierta

Primera edición: Lib. de F. Schneider y Co, Berlín, 1854.

Quinta edición: ICANH, septiembre de 2021

isbn: 978-958-8852-97-3

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2021

Ezequiel Uricoechea

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, por ningún medio inventado o por inventarse, sin permiso previo por escrito del ICANH.

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia

Contenido

<i>Prólogo a la presente edición</i>	IX
Juan Manuel Espinosa	
<i>Preámbulo</i>	XVII
Alberto Gómez Gutiérrez	
<i>Memoria sobre las antigüedades neogranadinas</i>	27
Ezequiel Urcochea	
<i>Prólogo</i>	29
<i>Introducción</i>	35
<i>Capítulo I</i>	
<i>Etnología de los chibchas</i>	43
Origen de los chibchas	47
País de los chibchas	49
<i>Capítulo II</i>	
<i>Continuación del anterior</i>	53
Cielo de los chibchas y sus tradiciones mitológicas	58
<i>Capítulo III</i>	
<i>Continuación de los anteriores</i>	61
Adoratorios y sacerdotes	63
Culto del sol	64
División del tiempo	65
Gobierno civil	67

<i>Delitos y penas</i>	67
<i>Leyes suntuarias</i>	68

Capítulo iv

<i>Continuación de los anteriores</i>	69
<i>Usos diversos</i>	71
<i>Vestidos de los chibchas</i>	73
<i>Agricultura, industria y comercio</i>	75

Capítulo v

<i>Etnología de los armas</i>	81
-------------------------------	-----------

Capítulo vi

<i>La escultura en América</i>	89
--------------------------------	-----------

Capítulo VII

<i>Sobre los tunjos de oro</i>	97
--------------------------------	-----------

Capítulo VIII

<i>Uso de los tunjos</i>	107
--------------------------	------------

Capítulo ix

<i>Descripción de las otras láminas</i>	113
<i>Conclusión</i>	118
<i>Lámina 1: Tunjos neogranadinos</i>	120
<i>Lámina 2: Cráneos neogranadinos</i>	121
<i>Lámina 3: Receptáculo para oro</i>	122
<i>Lámina 4: Antigüedades neogranadinas</i>	123

Apéndice

<i>Tres capítulos de la tercera noticia de la segunda parte de las Noticias historiales de Tierra Firme en el Nuevo Reino de Granada</i>	127
--	------------

<i>Bibliografía arqueológica de América</i>	139
--	------------

Prólogo

Si nos preguntamos quién fue Ezequiel Uricoechea, la respuesta está en los muchos artículos que nos cuentan su vida, piezas escritas desde hace ya más de un siglo, cada una con un énfasis distinto. Esos énfasis hablan a menudo de su labor como químico, geólogo o naturalista; o de sus trabajos como lingüista, fonetista o lexicógrafo; o de su indagación en la historia del territorio americano a partir de la cartografía o de sus ruinas y monumentos, lo que lo hace un precursor de la arqueología o una de las primeras instancias de reflexión sobre el patrimonio cultural colombiano.

A Uricoechea, profesor de alemán de Rufino José Cuervo, a quien convenció —junto con el hermano de este— de irse a vivir a París, se le ha intentado incluir dentro de la estirpe de los filólogos conservadores, aunque él hubiera sido explícito en sus cartas al decir que no solo era liberal, sino también ateo. Los historiadores de las sociedades científicas en Colombia a su vez lo han descrito como uno de los primeros científicos de Colombia. Quienes cuentan las historias de disciplinas como la química, la biología, la arqueología, la lingüística, la antropología, la cartografía, la historia del arte o la historia social y de las culturas siempre rescatan un artículo u obra de Uricoechea como prueba de que fue él quien comenzó con estas a mediados del siglo XIX.

Pero ninguno de esos escritos nos ayuda a acercarnos al momento ni a las condiciones de escritura de *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas*, obra publicada en Berlín en 1854 por la librería de F. Schneider. Nada hay escrito por Uricoechea, ni por sus contemporáneos ni por quienes lo siguieron que nos explique por qué un químico colombiano decidió publicar un libro en español, en el Berlín de 1854, que apenas alcanza a ilustrar un poco sobre la civilización chibcha.

Hay pistas, sin embargo, que nos permiten tener una idea. Pero estas requieren que primero pongamos en suspenso la clasificación actual de las disciplinas del conocimiento, sobre todo aquella que nos parece tan clara entre ciencias naturales y ciencias humanas. Si miramos a Uricoechea a través del filtro de nuestras actuales divisiones de facultades de ciencias exactas, ciencias sociales, o de aquellas que

organizan el conocimiento en bibliotecas como estanterías de química, física, artes o lingüística, no podremos nunca responder a la pregunta de por qué un químico desea publicar un texto sobre el pasado precolonial de Colombia.

Sin embargo, si nos permitimos por un momento entender a Uricoechea no como un aficionado a múltiples disciplinas desconectadas, sino como un sujeto que cultivó varias de estas debido a preocupaciones constantes que duraron toda su vida y que se nos han perdido en el tiempo, entonces podremos no solo entender por qué, dónde y cuándo Uricoechea publicó ese libro, sino el particular valor que este tiene para nosotros hoy.

El arco general de las temáticas que abordó Ezequiel Uricoechea a lo largo de su vida no es un resultado azaroso de su inquietud por distintos campos del conocimiento. Este arco permite apreciar la disyuntiva que empezó a surgir en esa época para las naciones fuera de Europa: ¿cómo identificar, contar, valorar y divulgar sus patrimonios, tanto el económico como el cultural, para volverse posibles lugares de inversión de los poderes europeos, y al mismo tiempo defender el alto valor cultural de las culturas antiguas, aunque estas se consideraran ya parte de un pasado remoto?

La primera publicación de Uricoechea de la que tenemos noticia, "The Gold Mines of New Granada" (1852), publicada en el *New York Daily Herald*, es una invitación al público norteamericano a que viaje y explore los territorios de Chocó y Panamá en busca de oro, como lo venía haciendo en California. Para ese entonces Uricoechea ya debía tener claro que partiría para Göttingen a cursar el Doctorado en Química, en el marco del cual produjo artículos publicados en Estados Unidos y Alemania sobre sustancias halladas en territorio colombiano (otobil y cinchona). Pero si bien estos análisis son las secciones más minuciosas de *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas*, publicadas dos años más tarde, el mismo año en que terminó su doctorado, el rango de la publicación es mucho más que un análisis químico de sustancias.

Las memorias forman parte de un género profuso en la época de la exploración de África, Asia y América. Diarios de viajes siempre han existido, pero el impulso enciclopédico y la búsqueda de organizar el conocimiento de las culturas fueron afianzando un boceto que los libros de exploración debían cumplir. Llevados por el detalle de los diarios en el *Endeavour por los mares del sur*, escritos por Joseph Banks, o *Voyage en Amérique meridional* de Alcide d'Orbigny (1837-1845, nueve tomos), en los relatos de los viajes de la primera mitad del siglo XIX se tocaban uno tras otro una serie de temas puntuales. En el caso del libro de Uricoechea, que no es propiamente el relato de un viaje, pues lo escribe alguien proveniente de esos mismos territorios, encontramos evidencia de sus intereses variados que continuarían durante el resto de su vida: epigrafía, numismática, antropología, etnología, arqueología, lingüística especulativa, la química y la lengua árabe.

No podemos decir con seguridad si Uricoechea conocía la obra de Joseph Banks, pero sí vemos

que cita a D'Orbigny en sus memorias. Sin embargo, otras memorias que menciona Uricoechea, y que funcionan a manera de plantilla, es *Antigüedades peruanas*, de Mariano de Rivero y Ustariz y Johann Jakob von Tschudi (Viena, Imprenta Imperial de

la Corte y Estado, 1851). Este libro es un trabajo de más de quince años de investigación y viajes de Tschudi y De Rivero, y organiza el conocimiento que se tenía hasta el momento de los incas de manera cronológica y alineado a la llegada de los europeos al continente. Empieza con los viajes de los pueblos escandinavos al norte de América para terminar en la llegada de los españoles a lo que es hoy Perú. Luego continúa con una descripción de los antiguos habitantes de la zona, el gobierno de esta antes del arribo de los españoles, el sistema de gobierno y las instituciones políticas, un esbozo descriptivo y una especulación sobre el origen de la lengua quechua, la cultura científica bajo el gobierno inca, su sistema religioso y creencias, las artes y, por último, los monumentos de la cultura inca. Este libro de más de trescientas páginas contiene múltiples ilustraciones de cráneos, quipus, paisajes, epigramas, notaciones musicales, mapas y planos de ciudades. En cuanto al contenido, presenta la organización que Uricoechea deseaba tener para su libro, pero el mismo índice del texto del autor colombiano parece evidenciar la gran diferencia con Tschudi y De Rivero: Uricoechea no tenía la información o las fuentes suficientes como para escribir capítulos con el detalle de los peruanos. En vez de una organización de los capítulos de acuerdo con los temas, como lo hacen Tschudi y De Rivero, Uricoechea describe sus capítulos como “continuación del capítulo anterior”; y, a diferencia de los primeros, Uricoechea permite entrever la carencia de fuentes bibliográficas para citar cuando se refiere a la historia política y militar de los muisca, aunque no es así cuando busca revisar el estado del estudio de la lengua muisca y su posible origen.

Sería muy fácil decir que la obra de Uricoechea no está tan bien elaborada como la de Tschudi y De Rivero. Pero, mucho más interesante que ofrecer ese juicio, es entender la distancia entre lo que quería hacer Uricoechea, o consideraba que era necesario hacer en un escrito como ese, y lo que las circunstancias editoriales y de acceso a la información le permitían en ese momento.

La nueva universidad europea, ajustada según el código napoleónico para servir a las necesidades del Estado moderno, junto con la contribución alemana de unir la docencia con la investigación en una sola misión, condujeron, desde inicios del siglo XIX, a que se consumiera cada vez más información sobre las disciplinas, a que se la ordenara más convenientemente y a que fuera demandada cada vez con más detalle, sin importar qué campo del conocimiento fuere. Esas circunstancias promovieron la necesidad de documentos de carácter enciclopédico que abarcaran todos los ámbitos culturales y científicos de un área geográfica determinada.

Pero, para poder redactar ese tipo de textos, toda la información debía estar a disposición de quien escribía. Este fue el caso de Tschudi y De Rivero, luego de largos años de coleccionar y recopilar obras y documentos. Pero Uricoechea, quien había abandonado Colombia siendo aún niño, solo habría podido acceder a algunos de esos documentos si hubiera tenido una vida entera de investigación en el Archivo de Indias en Sevilla.

Entre el deseo abarcador de la época y la carencia de fuentes en el momento para lograr ese alcance en una obra yace el lugar de esta. No solo es un testimonio de los primeros intereses en el patrimonio cultural colombiano, sino también el deseo de hacerlo público en la Europa decimonónica; y es síntoma de las carencias y dificultades de acceso

a la información sobre el continente, lo cual sería causa y consecuencia del desconocimiento sobre Colombia y la región.

En otras palabras, en esta obra, y en sus ausencias, se encuentran los caminos que Uricoechea recorrería posteriormente para tratar de conocer el territorio colombiano: haría un gran ejercicio de recopilación cartográfica que publicaría años más tarde (*Mapoteca colombiana*); reuniría corpus lingüísticos que desafortunadamente se perdieron; recorrería el país en los años en que vivió en Colombia y copiaría manuscritos que luego se llevaría para Europa. Luego comenzaría a publicar información sobre la región, tanto en su *Collection de linguistique américaine*, como en su faceta de colaborador para proyectos americanistas en París.

Hay una tensión entre los pasados con los que se enfrentaba Uricoechea: el pasado al que quería articular la nación colombiana (el muisca) y aquel construido por Europa, que había empezado a verse como el pasado común del continente (el griego y clásico) y al cual Colombia había deseado articularse (en el pensamiento conservador de Miguel Antonio Caro). En medio de ellos, Uricoechea quería presentarle a Europa lo que era Colombia, con las pocas herramientas y oportunidades que en ese entonces había para hacerlo. Visto de esta manera, *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas* es tal vez el primero o uno de los primeros documentos escritos por un colombiano, que retrata un aspecto del pasado y de las raíces de ese reciente país, dirigido tanto al público colombiano como al extranjero. Esta tensión, la de escribir para dos públicos distintos, es algo característico de la escritura científica producida en Colombia desde ese entonces.

Juan Manuel Espinosa
Subdirector académico del Instituto Caro y Cuervo

Preámbulo

El sábado 23 de julio de 1859, cinco años y dieciocho días después de que Ezequiel Uricoechea (1834-1859) firmara el Prólogo de su *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas*, casi seis meses después de la muerte en Colombia de Agustín Codazzi (1793-1859) y apenas dos meses y medio después de la muerte en Berlín de Alexander von Humboldt (1769-1859), nacía en Bogotá la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos gracias a los esfuerzos de un grupo reducido de ilustrados liderados por Uricoechea, Juan Manuel Aguilar (1834-1887), Francisco Bayón (1817-1893), Liborio Zerda (1830-1919) y Florentino Vezga (1832-1890). Y aunque no hay mayores noticias del vínculo entre

Uricoechea y Codazzi, se conocen diversas evidencias de su relación con el barón prusiano, partiendo de la convivencia de este con María Josefa Moreno e Isabella —hija del fiscal del Nuevo Reino, Francisco Antonio Moreno y Escandón—, y Fernando Rodríguez de la Serna, abuelos maternos de Uricoechea y propietarios de la hacienda Canoas que Humboldt visitó personalmente en los últimos días de agosto de 1801 en su paso hacia el Salto del Tequendama.

Con este antecedente, y más allá de la relación cronológica y disciplinar de Humboldt con la sociedad científica fundada por Uricoechea —de la cual el naturalista prusiano no alcanzó a ser miembro honorario, como le correspondía en propiedad por su rol de mediador entre los naturalistas neogranadinos y la ciencia europea—, se pueden sustentar sus relaciones personales con base en la conversación que habría tenido Uricoechea en Berlín con el octogenario barón en el año de 1852. A raíz de este encuentro, el joven bogotano, que había ya obtenido en 1851 su título de médico en la Universidad de Yale, tomó la decisión de estudiar química en Göttingen¹ para volver después a su país natal a continuar la tradición humboldtiana. Uricoechea fue explícito sobre esta influencia de Humboldt en su destino:

Fuime a Alemania, a Gotinga, por recomendación de Humboldt, que sin embargo insistió mucho para que me quedara con él en Berlín: no lo hice por miedo de los placeres y pérdida de tiempo: tentaciones de las grandes ciudades —¡y así me pesa!—. En Gotinga me gradué de doctor en filosofía y maestro en artes, por examen y disertación sobre química y mineralogía.²

Dos años después de haberse despedido personalmente de Humboldt, Uricoechea publicó en Göttingen *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas* (1854), motivo de la presente edición del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, y fue convocado nuevamente por el prusiano “para que se encargara de una cátedra de química [en la universidad de Berlín]”³. Esta propuesta fue declinada por el bogotano, quien decidió circular por Europa hasta 1857 cuando regresó a Colombia con la intención de fundar la sociedad que vería la luz dos años después.

En el transcurso de algo más de una década, entre 1857 y 1868, Uricoechea fue contratado por el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario para dictar una cátedra de química y mineralogía; editó la revista titulada *Contribuciones de Colombia a las Ciencias y a las Artes*, cuyo texto más extenso y significativo fue la “Memoria sobre la historia de la botánica en la Nueva Granada”, escrito por Florentino Vezga; participó en las reuniones de la tertulia de *El Mosaico*, en cuya publicación periódica aparecieron varios textos científicos de su autoría; y publicó en Londres —en Trübner y Cia, de la 60 Paternoster Row— el compendio titulado *Mapoteca colombiana. Colección de los títulos de todos los mapas, planos, vistas, etc., relativos á la América española, Brasil é islas adyacentes*,

¹ Véase Günther Shütz. “Uricoechea en Gotinga”. *Thesaurus* 45, n.º 1 (1990): 83; y Günther Shütz, “Uricoechea y Humboldt: algunas aclaraciones”. *Thesaurus* 51, n.º 1 (1996): 134-137.

² Ezequiel Uricoechea, *Epistolario de Ezequiel Uricoechea con Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro*. Ed. por Mario Germán Romero (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1976), 292.

³ Ricardo Lleras Codazzi, “Galería de hijos del Colegio. Ezequiel Uricoechea”, *Revista Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* 42, (1909): 108.

arreglada cronológicamente i precedida de una introducción sobre la historia cartográfica de América (1860).

El regreso de Uricoechea a Colombia lo llevó a emprender algunos viajes de campo en los Llanos Orientales, la Guajira y la Sierra Nevada de Santa Marta, en donde colectó materiales esencialmente minerales. También en esos días compiló su obra titulada *Gramática, vocabulario, catecismo i confesionario de la lengua chibcha según antiguos manuscritos, anónimos e inéditos, aumentados i corregidos*, que publicaría en 1871 en la editorial Maisonneuve del 15 quai Voltaire, en París.

En esta última, Uricoechea se autodescribió en la portadilla como “Doctor en medicina i en filosofía, Presidente fundador de la Sociedad de Naturalistas Neo-Granadinos, Miembro Honorario de la Sociedad de Jeografía i Estadística de Méjico, Socio de las [sociedades] jeológicas de Berlín i de París, de la Zoolojico-botánica de Viena, de la de Ciencias Naturales de Erlangen i Corresponsal del imperial i real Instituto Jeológico de Viena”. En esa misma década, y con el dominio de la lingüística, Uricoechea publicó en 1872 *El alfabeto fonético de la lengua castellana*; en 1877, el *Vocabulario paez castellano: catecismo, menciones gramaticales i dos platicas*, a partir de la compilación de Eugenio Castillo Orozco, sacerdote neogranadino del siglo XVIII; y en 1878, la *Gramática, catecismo y vocabulario de la lengua goajira, de acuerdo con los apuntes del obispo Rafael Celedón Ariza* (1833-1902).

En cuanto a la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, con un total registrado de 107 miembros en 1860, solo un año después de haberse fundado, debe precisarse que, además de neogranadinos, llegó a contar con 71 miembros extranjeros de 13 nacionalidades, la mayoría de ellos radicados en sus países de origen. Entre todos ellos, y en calidad de miembros honorarios europeos, se pueden citar varios vinculados estrechamente a Humboldt o a su obra, como Jean-Baptiste Boussingault (1801-1887), François Désiré Roulin (1796-1874), Hermann Karsten (1817-1908), Carl Friedrich von Martius (1794-1868), Johann Baptist von Spix (1781-1826), Johann Jakob von Tschudi (1818-1889) y Friedrich Wöhler (1800-1882). De esta manera, se percibe bien que la institucionalización promovida por Uricoechea en Bogotá fue el resultado más concreto del influjo científico del prusiano en Colombia.

En el cuadro de miembros honorarios, de número y correspondientes de esta sociedad en los años 1859 y 1860, publicado por el autor de este preámbulo en la obra titulada *Humboldtiana neogranadina*⁴, se podrán constatar los vínculos perihumboldtianos de varios de sus miembros, desde Boussingault y Roulin en Francia hasta los 15 miembros honorarios alemanes que, en su mayoría, representaban los dominios de la geología, mineralogía, zoología y botánica que el prusiano había estimulado con sus estudios americanos al despuntar el siglo XIX.

⁴ Alberto Gómez Gutiérrez, *Humboldtiana neogranadina* (Bogotá: Cesa; Pontificia Universidad Javeriana; Universidad de los Andes; Universidad del Rosario; Universidad Eafit; Universidad Externado de Colombia, 2018), 2: 354-361.

La última visita personal a Humboldt por parte de un neogranadino⁵ daría origen a la primera noticia en la prensa colombiana sobre el fallecimiento de Alexander von Humboldt en Berlín, el viernes 6 de mayo de 1859. En efecto, con una oportunidad inusitada para el siglo XIX, el sábado 2 de julio de ese mismo año, Ezequiel Uricoechea, firmando solo con sus iniciales como se acostumbraba en esos tiempos, expresó públicamente su condolencia en *El Mosaico*:

El barón de Humboldt

Pocos días hace que recordábamos con orgullo el bondadoso cariño con que nos trataba a los americanos el barón A. de Humboldt. Pocos días hace que aún creíamos vivir con él; i ya la infausta noticia de su muerte volaba a través del Atlántico.

El barón de Humboldt, conocido en todo el orbe, no necesita necrológicas, i en vano nuestra tosca pluma se esforzaría en humanizar a ese coloso del genio, levantado por el genio mismo, a ese hombre cuyo nombre solo es el emblema de las ciencias, cuando solo su espíritu vivía con nosotros.

Aunque mui robusto en 1852, ya se sentía él con pocos años de vida. La muerte de su condiscípulo i antiguo amigo Leopold von Buch, célebre jeólogo, lo afectó mucho, i más de una vez dijo Humboldt a sus amigos que no lo sobreviviría muchos años. La de su compañero, Aimé Bonpland, acabaría de despertar en él ese temor.

Jamás creímos que nos tocaría la dura pena de anunciar su muerte a nuestros compatriotas, cuando enseñándonos las primeras frases alemanas que aprendimos, las escribíamos con la misma pluma con que él, pocos momentos antes, había trazado algunas líneas cariñosas en nuestro álbum; pues nos queremos ilusionar con la creencia de que hombres inmortales en su existencia moral, como lo es Humboldt, lo han de ser también en su existencia física. ¡Vana esperanza! Humboldt, el sabio universal, el consumado diplomático; orgullo de las ciencias i de nuestra raza; la bondad personificada, ¡Humboldt ha muerto!

El 6 de mayo de 1859 a las dos i media de la tarde dejó de existir este hombre extraordinario, i poco tiempo después se halló su cadáver al lado del de su ilustre hermano Guillermo, dejando un luto universal, i para nosotros los neogranadinos el sentimiento de haber perdido en Europa un hombre que tanto nos quiso. Siempre en sus afectuosas despedidas, nos reiteraba el deseo de que a su nombre escribiéramos a sus amigos, lleno de gratos recuerdos de nuestro país, pues no quería que se olvidasen de él, de un hombre a quien los reyes cedían sus cetros, ¡i que con entusiasmo aun, preguntaba por la suerte de nuestros abuelos!

*No es posible sentir la muerte de Humboldt como se siente la de un padre o de una madre;
Humboldt participa de cierta divinidad que aleja de nosotros esos sentimientos puramente humanos, i que aunque estemos llenos de congoja por su pérdida, ese mismo respeto, ese mismo dolor nos obliga a enmudecer. Aguardemos a que ya sereno el ánimo nos permita hacer un recuerdo biográfico.*

⁵ Véase Günther Schütz, *Uricoechea y sus socios* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2013), 82-86.

Con estas palabras cerró Uricoechea la vida del prusiano para los neogranadinos, y cierro yo este breve preámbulo a una de las primeras obras en el tiempo —y en importancia— de Ezequiel Uricoechea: el más característico de los herederos intelectuales que sobrevivieron al polímata alemán en el territorio colombiano.

Gracias a este último discípulo directo del viajero berlinés, la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, con Florentino Vezga y otros pioneros de las ciencias nacionales, se constituyó en eje de nuevas miradas científicas y políticas de los naturales de estos territorios a mediados del siglo XIX, con lo cual se logró consolidar el primer nodo de una red humboldtiana neogranadina póstuma, cuyos miembros incluirían progresivamente a decenas de científicos naturales y sociales, en tiempos sucesivos, hasta el presente.

Alberto Gómez Gutiérrez
Pontificia Universidad Javeriana

Bibliografía

Gómez Gutiérrez, Alberto. *Humboldtiana neogranadina*. 5 vols. Bogotá: Cesa; Pontificia Universidad Javeriana; Universidad de los Andes; Universidad del Rosario; Universidad Eafit; Universidad Externado de Colombia, 2018.

Lleras Codazzi, Ricardo. “Galería de hijos del Colegio. Ezequiel Uricoechea”. *Revista Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* 42, (1909): 103-115.

Schütz, Günther. “Uricoechea en Gotinga”. *Thesaurus* 45, n.º 1 (1990): 79-148.

---. “Uricoechea y Humboldt: algunas aclaraciones”. *Thesaurus* 51, n.º 1 (1996): 134-137.

---. *Uricoechea y sus socios*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2013.

Uricoechea, Ezequiel. “El Barón de Humboldt”. *El Mosaico* 27, trimestre 3.º (1859).

Uricoechea, Ezequiel, Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro. *Epistolario de Ezequiel Uricoechea con Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro*. Editado por Mario Germán Romero. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1976.

⁶ Ezequiel Uricoechea, “El Barón de Humboldt”, *El Mosaico* 27, trimestre 3.º (1859), 217.

*Memoria sobre
las antigüedades
neogranadinas*

Prólogo

Llevado, años ha, por el amor patrio y el deseo de conservar las obras de sus primeros moradores, dibujé unos tunjos de oro que tenía nuestro cónsul en Nueva York, el señor Gregorio Domínguez. Como no teníamos entonces ni él ni yo noticia mayor de dichas obras de los antiguos neogranadinos, me contenté solo con tener los dibujos, sin poder hacer más. Luego he recibido yo algunos otros y al fin los suficientes para hacer una lámina muy completa. En el curso de mi lectura he ido llegando a encontrar varias noticias, un resumen de las cuales se encuentra en las páginas siguientes, con lo poco que yo he podido añadir.

La segunda lámina contiene dos cráneos que yo copié de la obra del señor Delafield, *An Inquiry into the origin of the Antiquities of America*⁷ y otras dos figuras más. Las dos últimas láminas se componen de las antigüedades que el señor Degenhardt tuvo la bondad de permitirme dibujar y que él mismo trajo de su viaje en la Nueva Granada. En los dibujos originales he puesto el mayor cuidado, para hacerlos tan exactos como fuese posible y todas las láminas han sido grabadas bajo mi dirección, una sola de las cuales, la segunda, yo mismo he ejecutado.

En ninguna ocasión más propicia puedo llamar la atención de mis compatriotas y de los extranjeros que visitan nuestro país, a los restos de nuestras antigüedades, que en la presente. Algunos años ha, tuve la desgracia de presenciar el ningún aprecio en que se tienen las obras de los antiguos neogranadinos. Una plancha o patena de oro, de las que usaban los caciques, la chaguala de los cronistas, muy bellamente trabajada, tuve apenas tiempo de ver y de admirar pocos minutos antes de ser derretida, sin haberse tomado siquiera un dibujo.

Nuestros compatriotas, que con tanto desapego se deshacen de estas reliquias, que una vez destruidas es imposible reproducir, sin haber tomado un diseño o dibujo o haber hecho algo por su conservación, contribuyen pasivamente a esta destrucción, pues sin duda van estas antigüedades a manos que no las aprecian sino por el metal de que están hechas y que sin remordimiento pronto entregan al crisol.

⁷ Para ofrecer al lector información más completa sobre las referencias citadas por el autor, en esta edición se corrigen los títulos de aquellas obras que presentaban imprecisiones. [N. del E.]

Muy sensible, mucho, es tener que recordar este proceder, pero sean sus resultados benéficos, cuídese más por la preservación de aquello que una vez perdido no podemos restituir, y yo estoy seguro que para aquel que es digno de aprecio, no lo seré yo menos por esto.

El apéndice lo he tomado de la obra de lord Kingsborough, *Antiquities of Mexico* (vol. VIII p. 219), quien hizo imprimir esta parte de la historia de Pedro Simón, del artículo manuscrito que se halla en la biblioteca de Oxford. El artículo sobre la etnología de los chibchas está reproducido con las mismas palabras de nuestro distinguido compatriota, Joaquín Acosta, y varias adiciones que yo he hecho. Muchas razones he tenido para tomar la relación de este autor, a pesar de haber yo leído también los originales que a él sirvieron de base, y no la menor el poco deseo que tenía de dar una relación mía, que no había sido copiada con diferentes palabras.

No he querido ensalzar ciegamente los pueblos de que trato, pero tampoco me he dejado llevar por ideas rancias y contradictorias a la verdad.

El pueblo chibcha pasó como el centellante meteoro por nuestra vista, siguiendo como los demás indígenas, a su destrucción; guiado por la humeante cuchilla despótica e hija del fanatismo sucumbió al infernal yugo que lo arrancó de nuestro lado, a la civilización, a la sed de oro y al recíproco odio de los conquistantes y conquistados: ¡su lengua desapareció y con ella, ellos!

Si tenemos restos de este pueblo que más fuertes que sus criadores, han resistido por tres siglos de vicisitudes, hagamos el último esfuerzo para salvarlos de un entero olvido. Ya que no me es dado llenar en el todo mis deseos, renovar un interés hacia estos pueblos, ya por años adormecido, sacar su nombre victorioso de entre los escombros de la ruina, sea lo muy poco que mis débiles fuerzas contribuyen, un estímulo para mis compatriotas y la ofrenda más grandiosa que puedo dar a las cenizas de los primeros habitantes de nuestra patria.

Querría en este pequeño escrito haber puesto todo lo conocido y por conocer con respecto a los antiguos neogranadinos, a sus monumentos, tristes recuerdos de su antigua grandeza, a sus instituciones civiles, ritos particulares, costumbres sociales, querría, en una palabra, presentar la materia como debe ser, agotar, por decirlo así, un asunto con el cual un sentimiento patriótico me inflama y lleva mi tardía pluma y escasos pensamientos más allá de lo que mis fuerzas pueden. Pero aquí se rinde el hombre a su imposible, a quien una veintena de años no ha dado la experiencia suficiente; se rinde quien sólo en la esperanza de mejorar, da el primer paso.

Quien conoce el increíble trabajo de imprimir un libro en castellano, en un lugar a donde por primera vez se hace, y el que, como yo, por muchos años se ha visto obligado a hablar diferentes lenguas, voluntarios dispensarán las faltas que encuentren en las páginas siguientes.

Sean mis esfuerzos para aclarar, y no lo producido, los que llamen la benevolencia de mis lectores y un cándido recuerdo de mis compatriotas, y contribuya lo poco que

ensayo a hacerme digno de mi patria y del nombre que anhelo, un verdadero neogranadino.

Göttingen, 5 de julio de 1854
E. Uricoechea